

UNA SEGUNDA SERIE SOBRE LA VIDA DEL HOMBRE

LA identificación de la segunda serie de tapices que se conserva en la Diputación Provincial de Madrid es mucho más problemática. Se trata de una serie compuesta por varios tapices, de los cuales han llegado sólo dos hasta nuestros días, o bien se desconoce el paradero del resto de la serie. Los dos paños han sido ejecutados en los talleres de Franz Van de Hecke y de su hijo Ian Francis, en Bruselas.

Por las características que presentan los dos tapices se puede afirmar que pertenecen a una misma serie, pero a la hora de determinar a qué serie, empezamos a entrar en el terreno de las suposiciones. Sin embargo, contamos con unos datos de gran utilidad para su identificación: los nombres de los tapiceros, la marca de la ciudad y unos rótulos explicativos en latín, que aparecen en ambos tapices, los cuales se refieren a la suerte del hombre y a las virtudes de éste.

Sabemos que los talleres de los Van den Hecke, en Bruselas, figuraban entre los más importantes del siglo XVII. En ellos se tejieron algunas de las series más importantes de este siglo y de la historia de la tapicería: «La Apoteosis de la Eucaristía», «Las Hazañas de Decio Mus», «La Historia del Paraíso» y «La Vida del Hombre». Y es precisamente esta última serie la que nos interesa a nosotros. Varios investigadores la citan, pero reconocen no haber visto nunca un paño de dicha serie, dándola por perdida. Las opiniones sobre quién fue el cartonista de la serie también son contradictorias, pero la mayoría se inclina por atribuirla a Rubens.



Todos estos datos nos llevan a identificar los dos tapices de la Diputación con esta famosa y desconocida serie de «La Vida del Hombre». En primer lugar, como ya hemos visto, coinciden los datos que tenemos sobre los tapiceros, marcas y rótulos alusivos al hombre, su vida y virtudes. En segundo lugar, no hay dudas sobre la excelente calidad artística de la serie, que la sitúa entre las más importantes de su época. Respecto al pintor de los cartones, aunque hay que reconocerle una gran calidad, quizá sea ir demasiado lejos el atribuirlos a Rubens en su totalidad. Es más probable que el maestro participase en la realización de la serie trazando las líneas generales de la composición y que dejase a sus discípulos la tarea de llevar a cabo los grandes cartones. Así pues, es preferible hablar de un maestro de «La Vida del Hombre», discípulo de Rubens, pintor muy notable y completamente en la línea del maestro, que conocía bien la obra de Otto Van Veen, del que fue discípulo Rubens, ya que utiliza detalles alegóricos que aparecen en los grabados de este pintor, aunque lleva estas alegorías mucho más lejos que él.

Los tapices se pueden fechar a mediados del siglo XVII; se ha utilizado como material lana y seda, y han sido ejecutados en bajo lizo, como se puede comprobar por la inversión de algunas letras de la inscripción y de la firma. En uno de los paños aparecen las iniciales de Franz Van den Hecke, y en el otro, el nombre y apellido completo de su hijo, Ian Francis. Los dos tienen marca B-B y son de gran tamaño (6 por 3,75 m. y 3,65 por 4,40 m.). Predominan las figuras de gran tamaño que ocupan casi todo el primer plano; en segundo término, se desarrollan escenas de menor importancia, pero en ningún momento resulta el conjunto pesado ni complicado excesivamente. Son tapices muy suntuosos y decorativos, a lo cual contribuye, sin duda, la riqueza del brillante y variado colorido, más vigoroso que el de la serie de Julio César.

La orla no difiere del conjunto, se compone de abundantes guirnaldas de flores y frutos que resaltan aún más esta sensación de riqueza.



UN TAPIZ ANONIMO

POR último, existe un tapiz aislado, el número 10 de la colección de la Diputación Provincial de Madrid, que no parece pertenecer a ninguna serie conocida. Desconocemos la identidad del cartonista, pero posiblemente se trata de un pintor que trabajó en el primer tercio del siglo XVII, con rasgos ligeramente arcaizantes. Tampoco conocemos el nombre del tapicero, ya que no existen ni firma ni iniciales, ni arca alguna, aunque se puede atribuir, sin duda, a unos talleres de Bruselas que trabajasen en el primer tercio del siglo XVII. Tiene un tamaño considerable, 4,05 por 4,70 m.; los materiales utilizados son lana y seda, y la técnica es de bajo lizo. El estilo, como hemos visto, encaja dentro del Barroco, pero con algunas reminiscencias del Renacimiento tardío. No aparece ningún rótulo explicativo.

Parece probable que en este tapiz se haya querido representar un tema del Antiguo Testamento, quizá la unción de Saúl, o los reproches del profeta Natán a David, tema favorito durante mucho tiempo de los tapiceros de Bruselas, etc., pero todo se reduce a simple posibilidad, porque las hipótesis son innumerables.

El conjunto resulta rico por el colorido y la gran cantidad de personajes que aparecen ataviados con amplios ropajes. Es tradicional en su composición, que está dominada por una serenidad que aleja esta obra de los agitados movimientos barrocos.

La calidad artística del tapiz es elevada, tanto el cartonista como el tapicero han ejecutado un buen trabajo, que no desentona lo más mínimo con el resto de la magnífica colección de tapices de la Diputación Provincial de Madrid.

EL BOALO Y SU FUTURO

EL Boalo está de enhorabuena porque al fin y tras muchos años de espera, va a ver cumplido su sueño dorado: El saneamiento de la población. Por eso su alcalde, don Ariano Garzón Martínez, no puede ocultar su satisfacción y se presta a informarnos.

—El proyecto asciende a ciento seis millones, de los cuales el treinta por ciento aporta la Diputación, idéntico porcentaje se recaudará por contribuciones especiales y el resto lo pondrá el Ayuntamiento, de las arcas municipales.

—¿Y cuándo comenzarán las obras?

—Sacaremos las obras a subasta en el próximo marzo, y una vez cumplidos los trámites y requisitos exigidos, esperamos que en el mes de abril se empiecen las obras. No han salido a subasta ya y, por tanto, empezado, porque hubo unas reclamaciones que han venido demorando los trámites.

Sólo este proyecto ambicionado de las obras de saneamiento incluye el Plan Bienal 1976/77, pero en opinión del alcalde, se trata de la obra más esperada por los vecinos y que permitirá que el progreso y desarrollo sea una realidad.

—Ten en cuenta —me dice el alcalde—, que El Boalo, con sus anejos de Cerceda y Matalpino, no es zona industrial y, por tanto, tiene que vivir de lo que tiene y posee, de su paisaje: de la excelencia de su clima, de la sierra en la que nos encontramos enclavados y de la construcción que pueda venir al solucionarse el problema del saneamiento y ubicarse en el término hoteles y residencias veraniegas.

Más tarde, el señor Garzón Martínez me informa también del desembolso que supone, por parte del Ayuntamiento, del alquiler de locales para la enseñanza y viviendas para los maestros, así como el transporte escolar que se efectúa entre los tres núcleos de población, en donde existen sendos centros de Educación General Básica con arreglo a los cursos reglamentarios. En total, según me informa puede calcularse en cerca de las cuatro mil pesetas diarias de gastos por estos conceptos. Solamente el transporte está cifrado en dos mil pesetas diarias.

—Por eso se impone —explica el alcalde—, la construcción de centros escolares en el término, lo que acometeremos como sea. Lo mismo que un nuevo Ayuntamiento y una presa. Sobre todo para la obra del Ayuntamiento no se dispone de ninguna cantidad por parte de organismo alguno. Espero que sepan comprender el problema y que en el próximo Plan de Cooperación sea incluido.

Y esta es la realidad de un pueblo, auténtico pulmón de la capital, que ahora, con las nuevas obras que se vislumbran, no cabe duda que aumentará, sobre todo en verano, su población, una población que ahora está cifrada en mil quinientos habitantes y que llegan hasta los quince mil en la época estival.

**Las obras de saneamiento
a punto de empezar**

Selección de arte —a mi gusto— en la provincia de Madrid

CONTRIBUCION AL TURISMO DESPISTADO



Escribe Federico Carlos
SAINZ DE ROBLES
(Cronista oficial de Madrid)

**Del Castillo de Viñuelas
a Talamanca, pasando
por Colmenar Viejo,
Manzanares, Valle
del Lozoya, Rascafría
y Torrelaguna**

HACE poco más de quince años, una editora madrileña me encomendó la tarea —que yo acepté muy gustoso— de escribir, lo mejor documentada y amena posible, una CRONICA Y GUIA DE LA PROVINCIA DE MADRID, excluida de ella la capital, por el sencillo motivo de que la CRONICA Y GUIA DE MADRID, ya estaba escrita, en relativas ciencia y amenidad, por mi erudición —poca— y mi literatura —larga—. Pero no piensen mis lectores que pretendo ahora hacerme publicidad. ¡Dios me libre de semejante incorrección y de tamaño abuso! Si menciono el encargo provincial y el hecho capital, es para recordar que jamás afirmé en rotundo, tanto en una como en otra, para rebatir la idea general española, equivocada por lo general, de que en la provincia de Madrid (aparte los universales y fabulosos valores y famas de San Lorenzo de El Escorial, Aranjuez y Alcalá de Henares) había muy poquito que valiera la pena de ver y admirar. Tremendo error, injustísima apreciación. Yo demostré —creo— que era la de Madrid una de las provincias más variadas de paisajes y encantadora de seducciones estéticas, de la geografía española. Más aún: que bien conocida y enjuiciada, la provincia madrileña resultaba maravillosa antología de las restantes provincias hispanas. De todas las cuales —menos el mar, por supuesto, tímidamente recordado por lagunas, pantanos, embalses y hasta estanquillos— existía, en la madrileña, representaciones físicas, geológicas y artísticas muy acusadas. Para demostrar mi segura creencia escribí mi ya mentada Crónica y Guía; pero, para escribirla me negué, cuando me lo aconsejaron sesudos eruditos, a leer previamente las ya precedentes crónicas y guías de los mismos lugares, y aun las impresiones de los más ilustres viajeros extranjeros que la visitaron durante casi diez siglos, desde las rápidas pero luminosas menciones del geógrafo árabe Abu-Abd-Alla-

Mohamed-Al-Edrisi, de la suntuosa familia de los Hamuditas, que viajó por parte de España en el siglo XII, hasta los más puntuales últimos turistas escritores del siglo XVIII: E. F. Lantier, oficial francés, caballero de la Orden de San Luis —y un tanto frívolo en sus recuerdos españoles—; Jean-Marie Jerome Fleuriot, marqués de Langle, camándulas y bastante embustero, que nos visitó entre 1760 y 1800; y el inglés Joseph Townsed, muy «cargante y envarado», como casi todos sus compatriotas turistas en la «vieja piel de toro» con el rabo de Gibraltar «por desollar», que sirvió (su guía) de excelente enseñanza topográfica para las invasoras huestes napoleónicas. Sin olvidarnos, por supuesto, de los puntualísimos y españolísimos inventarios de Villanueva y Ponz, autores respectivamente de *Viaje literario por las iglesias de España* y *Viaje de España*. Naturalmente, para mencionar a los viajeros extranjeros que nos visitaron durante los siglos XIX y XX, precisaríamos un centenar de páginas de esta admirable revista.

Repito que cuando acepté escribir el libro CRONICA Y GUIA DE LA PROVINCIA DE MADRID, preferí partir, mental y materialmente, de cero. Es decir: como si ignorara en absoluto todo de aquélla y me fuera necesario empezar como los chicos de la escuela por el silabario. Y no por motivo alguno de orgullo, sino por humilde deseo de buscar, examinar y enjuiciar, precisamente «sobre el terreno», y sin que pesara sobre mí influencia ajena alguna. Cierto: podría yo equivocarme, y seguramente me equivocaría más de siete veces siete (que son las que Cristo pronosticó a San Pedro para cada día; pero hasta los yerros serían de mi entera responsabilidad. Recordé el sanísimo consejo salido de la boca del gran humorista italiano Dino Segre, «Pitigrilli»: —«Amigo: no me aconseje; porque sé equivocarme sólo».

Decidí ya a realizar mi comprometida, pero seductora empresa, lo primero que hice fue abrir un gran mapa de la provincia de Madrid; que como ustedes saben tiene forma de «corazón invertido». Con regla y lápiz rojo dividí este corazón —de norte a sur y de oeste a este— en cuatro partes. Y en cada una de éstas tracé sendos, sinuosos e insinuantes, itinerarios, cada uno de los cuales nacía y terminaba en la capital. El primero de ellos, de norte a este, tenía estos puntos y aparte sobresalientes: Colmenar Viejo, Miraflores de la Sierra, El Paular, Lozoya, Buitrago, Torrelaguna, San Sebastián de los Reyes y Alcobendas. El segundo, de este a sur: Barajas, San Fernando de Ja-



CONTRIBUCION
AL TURISMO
DESPISTADO

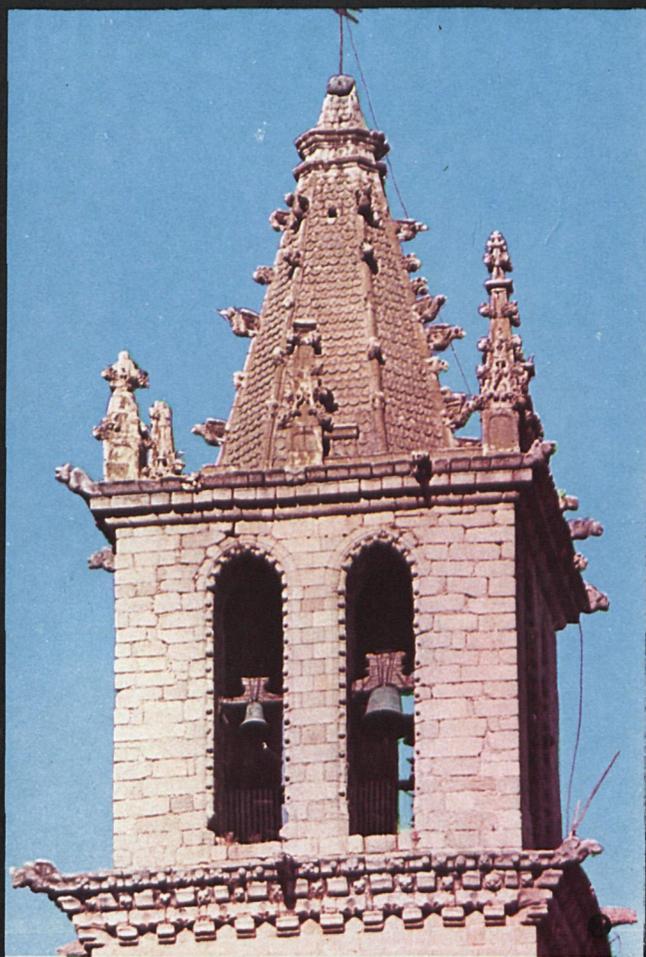
rama (que no «del Henares», como ahora se acostumbra a decir), Alcalá de Henares, Loeches, Nuevo Baztán, Arganda, Chinchón, Colmenar de Oreja, Aranjuez, Ciempozuelos, Valdemoro, Pinto y Getafe. El tercero, de sur a oeste, Villaviciosa de Odón, Boadilla del Monte, Móstoles, Navalcarnero, Batres, Villa de Prado, Cadalso de los Vidrios, San Martín de Valdeiglesias, Robledo de Chavela, Valdemorillo, Brunete y Majadahonda. Y el cuarto, de oeste a norte, Las Rozas, Galapagar, El Escorial, Guadarrama, Collado-Villalba y Torrelodones. En cada uno de estos itinerarios habría no pocas desviaciones para visitar pueblos de cierta importancia. Me propuse, durante los meses de junio, julio y agosto de 1964, recorrer *a pie*, sí, lectores míos, *a pie*, pero con alforjas y callado, y atuendo de peregrino, durante quince días, cada uno de los cuatro itinerarios; dejando entre uno y otro, un reposo, en Madrid, de otros quince días, para reponer mis fuerzas y recomponer mi buen humor.

Bien. Ya tenía mi plan: mapa, juego de visitas, propósito de conocimientos y juicios, elección del levisimo equipaje; vestimenta somera y fresquita, macuto a los lomos, cachava gruesa con contera de hierro (arma de apoyatura y defensa); en fin, decisión de no afeitarme durante quince días y de bañarme donde río o charco ofrecieran precepto gratuito de higiene. Pero... Algo me faltaba en verdad esencial, imprescindible: colaboración inmediata de artista fotógrafo, con preferencia juvenil y optimista, que aceptara sumarse a mi empresa como coautor de tan noble empeño. No diré exploración gigantesca en la América poscolombina, porque sería exagerar, pero sí no menos excitante y arriesgada para mis ya corridos sesenta años. Que cuando los Cortés, Almagro, Pizarro, Orellana y tantos más realizaron sus gestas legendarias, en verdad eran harto más jóvenes que un servidor de ustedes.

Tuve suerte extraordinaria, ya que tres o cuatro días más tarde de mi decisión «temeraria», hallé «el mirlo blanco»: un fotógrafo artista admirable, juvenil, decidido a compartir mi futura fama. Quien aceptó entusiasmado la colaboración que le ofrecía... con futuros y muy imprecisos rendimientos económicos. Y pronto iniciamos el primer itinerario, en el alba de un día maravilloso de junio, libre aún de

La provincia de Madrid es una de las más variadas en paisajes y encantadora en seducciones estéticas de la geografía española





contaminaciones graves y de muy estudiados planes urbanísticos; de esos peligrosísimos planes que consisten en ir convirtiendo el campo en pueblo. ¡Inolvidables días, a lo largo de las carreteras y caminos y sendiles, almorzando y pernoctando en hoteles o posadas, según apremiaran el cansancio y la gazuza, degustando las variadísimas y sabrosísimas viandas (sin los *postizos* de la nefanda «alta culinaria») de cada lugar, auscultando con fervor casi religioso y silencio casi mudo, los latidos de las noches estivales y los múltiples rumores con que la Naturaleza dirige su gran orquesta, ya sinfónica, ya de cámara!

Durante aquellos sesenta días (que en verdad fueron con el apéndice de otros cinco) separados, como ya indiqué, por quincenas hogareñas, yo me limité a observar con avidez insaciable cuanto se iba presentando ante mis ojos: pueblos en panorámica, pueblos calle por calle, iglesias, monasterios, casones señoriales, castillos... y cuanto dentro de ellos me parecía tener valor histórico o de arte. Y a llenar de apretadas y vibrantes notas precisas los muchos cuadernillos de mi previsión.

Estaba decidido a no preguntar nada a nadie. Me arriesgaba mejor a equivocarme solo que... en compañía. Cuando

- ① *Vista interior de la Iglesia de Colmenar Viejo*
- ② *Torre de la Iglesia de la Asunción (Colmenar)*
- ③ *Iglesia de Torrelaguna*
- ④ *Retablo Mayor de la Iglesia (Torrelaguna)*



apareciesen ante mi consideración algo de interés —buen cebo para que picara mi ignorancia— lo estudiaría como Dios me diera a entender, y lo describiría rebozándolo en la literatura más amena y lírica de que yo fuera capaz. Cuantas veces mi amable y discreto compañero se ofreció a hacerse el simple por mí, ante vecinos o clérigos, yo me opuse radical, recordándole que él, en aquello, sólo tocaba «el pito» de su arte fotográfico, y ello cuando yo le indicara mis deseos acerca de paisajes y monumentos. Mi intención fue —y así la realicé— convertir, durante los quince días de descanso en Madrid, aquellas notas de mis cuadernillos, en capítulos de firme contextura que fueran completando mi obra artística y literaria. Y fue repasando aquellas notas meticulosas y fervientes, cuando pensé que algún día, si la oportunidad se me brindaba, seleccionaría entre ellas las que se refiriesen a monumentos u obras de arte no singularmente famosas y supervaloradas, formando con tales referencias como una *antología artística*, con cuyo interés acuciante pudiera contagiar a cuantos la leyeran, estimulando su deseo de conocerlos *de visu*. Por supuesto que siempre fue mi intención no seleccionar maravillas miles de veces reproducidas en catálogos y textos críticos en distintos idiomas, como son las guardadas en El Escorial, Aranjuez y Alcalá de Henares. Y esta excepción mía por la sencilla razón que acabo de exponer. Por ello mi selección quedaría circunscrita a monumentos y objetos de arte guardados en templos, conventos, casones señoriales, castillos de los restantes pueblos de la provincia; pueblos no dejados ciertamente «de la mano de Dios», pero sí del interés acuciante de los turistas de cualquier parte. Me importa mucho advertir que cuando redacté mis notas y compuse mi *CRONICA Y GUIA DE LA PROVINCIA DE MADRID*, tardaría bastantes años en aparecer el conciso, seco *Inventario artístico de la Provincia de Madrid*, redactado y editado por el Servicio Nacional de Información Artística, Arqueo-